

no cerebral ó cuando menos de un desequilibrio sospechoso se observan en el acusado, que lleno de aflicción, va á ver á uno de nuestros mejores facultativos médicos, diciéndole que experimentaba extrañas impresiones y que creía estar en peligro de volverse loco. El Dr. Fenelón, sea porque no encontrara en el acusado sino una profunda excitación nerviosa, ó porque creyera que en el principio de toda afección psíquica, es un buen medio terapéutico distraerse y trabajar, aconsejó á Rode que hiciera un viaje á Europa, donde permaneció como cinco años, entregándose en la capital de España á un excesivo trabajo intelectual, ya en obras de enseñanza, ya en artículos, con que contribuía para diversos periódicos. Las exaltaciones y exentricidades de carácter no desaparecieron del todo bajo el cielo extranjero, como podréis notar, si os tomáis la molestia de registrar en el proceso las referencias de este periodo de su vida.

De regreso al país, con motivo de la falsa noticia de que había fallecido su hermano, dejando en el desamparo una numerosa familia, el acusado funda aquí un tercer colegio que será el último fruto de su infatigable actividad y de su afán por perpetuar las nobles y lustrosas tradiciones de su padre. Acababa de clausurarse para siempre el gran establecimiento educativo que D. Guillermo Rode fundara desde hacía catorce años y del cual la sociedad toda de México reportó los más preciados beneficios, con motivo de una horrible estafa cometida en contra del hermano de Rode que tenía á su cargo el establecimien-

to y que se vió por esa misma causa acometido de arrebatos suicidas, cuando el procesado llega á México y de seguida se va á la capital de San Luis Potosí para saludar al anciano padre, que acongojado hasta la desesperación, deploraba en amargo llanto la muerte de su obra de tantos años, del fruto de sus trabajos más asiduos y del monumento de su nombre en medio de la sociedad mexicana que tanto lo había estimado. Al encontrarse el acusado frente á su padre y hacerse cargo de su honda aflicción, no pudo menos que ofrecerle la restauración del extinguido colegio, y emplear en ello todo el trabajo de su espíritu, y vosotros, señores jurados, habéis escuchado aquí de él mismo, cuántas dificultades, cuántos tropiezos y dolorosas decepciones acompañaron este establecimiento, no obstante la feliz idea de fundar al mismo tiempo una academia gratuita de profesoras de inglés bajo los auspicios del nombre del Sr. Ministro de Justicia é Instrucción Pública.

Es éste el principio de la época más penosa y crítica del acusado, en quien desde entonces empezaron á renovarse día á día las más fuertes y variadas emociones, y cuyo espíritu, hartado ya bien preparado, fué teatro de batalladores é incesantes conflictos, de luchas morales de toda especie, en que por encima de una deshecha tempestad de desgarradoras aflicciones, de rientes esperanzas, no bien nacidas cuando ya muertas, y de deseos ardientes y frustrados, sobrenadaba apenas, como débil faro batido por el furioso huracán, el santo, el dulce y consolador recuerdo del

autor de sus días, del anciano venerable, muerto poco hacía en la confianza de que su obra nobilísima de educar la inteligencia y el corazón de la niñez, ya no perecería en el olvido, pues iba á ser continuada con fe y abnegada decisión por el mayor de sus hijos. ¿Para qué detenerme, señores jurados, en reseñar los mil desfallecimientos del procesado, que luchaba con toda suerte de obstáculos, con la pobreza por un lado, y con el egoísmo y la indiferencia por el otro, para continuar sosteniendo un establecimiento á que hacían ventajosa competencia varios otros de la Capital, si todos estos pormenores, aunque muy importantes en el necesario estudio que hemos emprendido de los antecedentes del fatal suceso para cuyo juicio se os ha convocado, aparte su gran número y menudísimos matices, que me obligarían á alargar indefinidamente esta narración, antójanse como inútiles y hasta indiferentes en cotejo con los gravísimos que después siguieron, con la espantosa serie de horribles impresiones, de desgarradores desengaños, cuya repetición casi ni en un sólo instante interrumpida no es para que forméis vuestro juicio, asunto tan digno de atención, como la indecible amargura destilada por ellos día á día y momento á momento en el espíritu del procesado? Todo lo anterior, las profundas tristezas caídas, como un sudario, sobre una alma débil y frecuentemente rasgada por los relámpagos de violentísimas impresiones; los golpes de la fortuna estrechando sin esperanza los horizontes de la vida; el desamparo sumado á la pobreza; la orfandad,

en fin, que es como devorador moral desierto en que se embeben, sin dejar la menor huella, nuestras lágrimas, y donde todo eco se pierde de nuestros angustiosos quejidos, todo eso no fué sino el dintel bajo el cual penetró el acusado á la más horrible y definitiva época de su vida, la preparación de días los más luctuosos y desesperantes, en que, gastaba toda resistencia moral, debilitados los resortes de la reflexión y muy vacilante ya ese dominio de sí mismo, que es la condición indispensable de la normalidad del individuo, soñó en un momento resucitar para sí los paradisiacos goces del amor conyugal, revivir en medio de la pobreza más desesperante los idilios de la juventud, transfundir su alma que aun aleaba en ensueños de felicidad doméstica, en la de otro ser sobre cuya frente pura y virginal asomara en azuladas líneas la candorosa inocencia, pues confiaba, sin asomo de duda, en volver á hallar esa bella compañera que fuese la inspiración suya para el trabajo, el numen de su inteligencia, el aliento ante el infortunio y el sosiego, en fin, donde se adurmieran, arrulladas dulcemente, sus agitadas pasiones (*Aplausos*).

Para el procesado, que así soñaba con la ventura doméstica, tal vez recordando su primer matrimonio, aquel tranquilo y risueño hogar, que tan presto había entristecido la muerte de la primera esposa, no era ciertamente la joven que eligió, casi encontrada al paso y como por aventura, la más apropiado, para el logro de sus ilusiones. Una serie de fatales circunstancias, de facilidades mil que siempre este po-

bre hombre interpretaba como rasgos de purísimo candor; el cuadro de una familia presidida por un anciano que á Rode le recordaba á su venerable padre; esas indescriptibles pequeñeses, que son otras tantas redes en que se aprisiona el alma y que no mencionaré, porque las abandono á vuestra experiencia y discreción, para no faltar á la gravedad de estos debates; aumentadas y coloreadas en la imaginación del procesado, hicieron que se entregase, sin reserva alguna, á la joven Amelia Zornosa, quien á pesar de sus diez y siete años, quizás por la precocidad de su sexo ó por defectos de educación, manejó con verdadero dominio las fáciles pasiones del acusado, lo envolvió en la tela de araña de los encantos físicos, y ya dándose aires de modestia y cierta fascinadora ignorancia, que es uno de los más seductores abismos en que frecuentemente se precipitan las incautas víctimas del amor, ora empleando ese ardid tan común de la desconfianza y de los celos, que suelen dar pretexto á algunas mujeres para demandar con apariencias de razón cualquier sacrificio, aun el de la honra muchas veces, logró con verdadero entusiasmo por parte del profesor quebrado y lleno de apremiantes deudas, (*risas*) sin que fueran parte á evitarlo ni los codos raídos de la levita ni el calzado roto, que el día de la boda, á lo menos civil, se fijase para inmediato plazo, pues no era humano prolongar siquiera después de unos cuantos días las inquietudes de aquel corazón juvenil, nido de tan excelentes virtudes, templo de pureza sin par, donde el acusado,

allá en su infatigable fantasía, soñaba encontrar la verdad de sus espejismos de ventura. Imposible que Rode ni aun consintiera en que prudentes amigos y consejeros le advirtiesen del peligro de un matrimonio concertado de tan rara manera, sin más razón que las bellas apariencias y ese perfume de violeta que, al decir del acusado en la audiencia de ayer, se desprendía al paso de la joven Amelia como señal inequívoca de que detrás de su encantadora envoltura, se escondía la esencia misma de todas las virtudes del hogar, la sencillez, la modestia, el pudor y la ternura. Un día que el viejo D. Augusto Marquet, subdirector del Colegio de Betlemitas; amigo, al principio, cariñosísimo de Rode y después su acreedor más exigente; por haber oído que la casta virgen, desde el cuarto del amante de su hermana casada, arrojaba palabras inconvenientes á dos niños educandos, manifestó esto á Rode, explicándole quizá, cómo oculta por el verde follaje suele silvar á veces la serpiente, y le indicó, aunque con tardía lealtad, que fuese á la garita de la Tlaxpana á tomar informes de un cierto Arroyo; no obtuvo del ciego enamorado otra respuesta que la repulsa más absoluta, pues aquel viejo, que veía á Rode faltar por el amor á sus deberes escolares y abandonar el profesorado con grave riesgo, no tanto de que el Colegio, por falta de alumnos, se clausurase, cuanto de que se acabara el sueldo, no era, en concepto del iluso acusado, sino un inválido del hogar, un triste envidioso,

á quien hacían mucho daño los resplandores de la agena felicidad, que ya empezaban á entreverse é irradiar sobre la frente del procesado.

Este casó á los pocos días, y la lectura de la causa, no menos que los minuciosísimos debates desarrollados ante vosotros durante ocho audiencias, os han hecho conocer, Señores Jurados, con todos sus pornográficos detalles el interior de ese hogar, donde resonaban diariamente frases tabernarias; donde se dirimían las frecuentes contiendas á puñetazos; donde hermanos se cambiaban entre sí palabras que avergonzarían á Belem mismo; donde la pobreza del marido causaba la rabia y la desesperación de la esposa; donde eran escarnecidos y befadados á cada instante todo honor y toda virtud, y de cuyos antros, habiéndose ya hecho inútiles el ruego y la dulzura, el consejo severo y hasta las lágrimas del marido, habían huido para siempre, avergonzados y temblando, la dignidad de la familia, la pureza del secreto doméstico, el deber conyugal, el respeto de sí mismo, para dejar en su lugar los odios más encarnizados, las amenazas, las burlas y por descontado el implacable fantasma del adulterio, colocado siempre á la puerta y adelantándose con sarcástico semblante á cada diferencia de los esposos. (Aplausos).

¡Qué contraste, Señores Jurados, tan horrible y desesperante entre esta realidad y las risueñas ilusiones que habían llenado la mente del acusado! ¿Sería esta mujer la *hermosísima niña de los ojos garzos*, co-

mo él! la llamaba en las cartas cuya lectura habeis oído; la *nacarada perla de la Tlaxpana*, la *celestial criatura en cuyos ojos de serenos resplandores había él encendido una y otra vez la tea de su silenciosa pasión?* ¡Ah, Señores Jurados, á los ojos de este infeliz soñador, Amelia se presentaba transfigurada con el cenital purísimo de la inocencia, como una de esas fantásticas visiones que ha idealizado la fecunda audacia de los poetas! Recordad esa correspondencia en que Rode expresaba la más profunda y desvanecedora de las pasiones, en medio de mortales dudas, de lamentables miserias de carácter hasta el completo anodamiento de su ser moral. Rode había dado, no sólo á su futura esposa sino á toda la familia de ésta, una señalada prueba del inmenso cariño que sentía su corazón. Quiero hablar, Señores Jurados, de un pormenor que quizá habeis olvidado en el vasto cuadro que esta causa ha presentado á vuestra vista; me refiero á la revelación que la joven Dolores, hermana de Amelia hizo al procesado de las relaciones adúlteras entre la Sra. Eliza Zornoza de M. con el Señor Julio Carpio, revelación hecha á Rode por esa joven, toda confusa y avergonzada, tal como aquí la habeis oído declarar, y que no arrancó de aquél sino la reiteración más abnegada de los juramentos de amor á su prometida, á quien, decía, consideraba, á pesar de todo, digna de llevar su nombre y de ser el guardián de su honra cuyo depósito le confiaría en breve. ¿Qué vacilación era posible en la pendiente porque resbalaba el pensamiento de un hombre, en-

loquecido hasta el extremo de escribir esas cartas, que á todos nos han hecho prorrumpir en exclamaciones de admiración unas veces, por lo elevado y casi sublime de los conceptos; en lástima otras, ante el exajerado culto que revelan hacia una niña, á quien este infeliz, en las alas misteriosas de sus ideas, considerara como una *deidad celeste*, bajada del cielo para su exclusiva felicidad, sin parecido alguno con los imperfectos seres de la tierra y dotada de esas *virtudes sobrehumanas* que se escapan aun á la mortal penetración de los ingenios eximios? El Ministerio Público, agrupando bajo un sólo juicio toda la correspondencia del acusado, ha incurrido, creo que no intencionalmente, en una grave equivocación, por la que hace aparecer, como dirigidas por aquél á la que era su simple prometida, frases de grande intimidad y confianza ciertamente, cuando en realidad ya Amelia era por lo menos esposa civil del acusado. Ninguna de esas cartas tiene la fecha en que fué escrita; pero, á falta de este dato, la más superficial observación basta á notar que las dos ó tres que nos denuncian cierto dominio de pasión material, que á pesar de todo sólo se trasparenta en palabras de doble significación, en nada se parecen al mayor número de las otras, inspiradas á no dudarlo por el idealismo más puro, por la sólo nobilísima aspiración del amor, que no quiere ni pensar en los inevitables desengaños de la vida. ¿Cómo no inclinarnos á aceptar la verdad de las afirmaciones del procesado, que nos ha dicho haber escrito éstas en una época anterior á la

de las otras por la natural falta de trato íntimo con su futura esposa? Sospechar siquiera lo contrario, es sólo calumniar gratuitamente la naturaleza humana, aun á riesgo de no poder explicar cómo un mismo pensamiento ha producido en igual tiempo y en no diversas circunstancias expresiones tan disímbolas entre sí, aunque dirigidas á idéntica persona.

Conformémonos, Señores Jurados, en este punto con lo verosímil, y no nos esforcemos en encontrar el proyecto aleve de corromper al ser que destinaba el acusado para objeto de su culto doméstico; en actos que pueden muy bien significar sólo la natural manifestación de la pasión amorosa.

Así las cosas, y tomando en conjunto la correspondencia de Enrique Rode, yo no puedo menos que reconocer que con aspiraciones semejantes, con sueños de tan exajerado idealismo, con actitud tal que más parece de adoración que de amor á un simple ser de la tierra, aquél habría sido felicísimo en la vida si á lo menos la joven á quien unió su destino, no tan ufana de los homenajes de que era objeto y más reconocida á tanta humillación, hubiera correspondido con ternura y respeto al esposo, con afecto hacia el hogar y con interés por los laboriosos afanes de su compañero, siquiera estos sentimientos no fuesen manifestados sino sencilla y naturalmente. Eso no sucedió, Señores Jurados, y el soñador esposo, precipitado desde la alta cima de sus confiadísimos anhelos, contempló, á los primeros días de su vida conyugal, algo más que la prosa de la realidad, cierta

cosa peor que las vulgares costumbres, el cieno de indescritibles vicios y la crueldad de todas las perversidades. No habían pasado sino unos cuantos días, oigo por aquí que cuatro, perdonadme, Señores Jurados, todos estos detalles á que me obliga la gravedad de la causa, no habían pasado sino cuatro días de verificado el matrimonio eclesiástico, cuando sabedora una hermana de la que ya era señora de Rode, de que ésta había tomado á su servicio á una tal Lucesita, despedida por ella, le escribió un recado, pidiéndole cuatro pesos que le debía y unas cortinas que le había prestado para adorno del lecho nupcial. Amelia contestó dicho recado en términos que la desconfianza me impide repetir; pero que la testigo Luz Castillo ha llamado aquí sencillamente groseros. Lo eran tanto, Señores Jurados, que al día siguiente el señor esposo de la persona á quien tal recado había sido enviado, lo devolvió á Rode, diciéndole en carta que procurase evitar en lo sucesivo una correspondencia tan zoez y ultrajante de parte de su esposa. Rode reconvinó dulcemente á ésta por tal proceder; pero no obtuvo por respuesta sino que ella le dijese que eso no más faltaba, que él también la regañase, cual si fuera una "se me resiste decir la palabra." (*Aplausos*). Este fué el principio de una no interrumpida sucesión de disgustos entre ambos cónyuges, que estayando muy frecuentemente por causas fútiles, eran exacerbados y degeneraban en verdaderos escándalos por el carácter vehemente é irrespetuoso de la joven. Rode, como os he indicado antes, había fundado en

su colegio una Academia gratuita de profesores de Inglés bajo el nombre del señor Ministro de Justicia. Las labores de esta institución tenían lugar de noche, después de concluidas las tareas escolares; y no obstante el grave compromiso contraído por el acusado al fundarla, y que en sus progresos estaba tan interesada la reputación del profesor su esposa, sin reparar en que aquél no contaba con otros elementos de vida que los honorarios de la enseñanza, se propuso y consiguió desacreditarlo poniéndolo en ridículo, y á este fin se esforzaba en estorbarle el desempeño de su trabajo. Habeis oído, Señores Jurados, las declaraciones de varias de las señoritas educandas en esa Academia, que todas á una nos dicen cómo la joven Z. interrumpía frecuentemente las clases, ya llamando con estrépito á Rode, ya injuriándolo en alta voz y en una pieza contigua á la de las lecciones, cuando no acudía con presteza á sus reclamos. Era inevitable, pues, que al cabo de algún tiempo y además por exigencias terminantes de su esposa, el acusado tuviera que clausurar como lo verificó, aquella academia, pretestando á sus discípulas un grave quebranto de salud. Aunque quedaban al procesado algunas lecciones particulares con cuya retribución, nos ha dicho aquí, cubría en pequeños abonos algunas deudas que había contraído para su matrimonio. Pero el odio, pues no encuentro otra palabra, para calificar tan implacable conducta, el odio, digo, de Amelia hacia su marido; no saciado ni aun con el ridículo

y desprestigio arrojado sobre él, en medio del cerco de miseria con que cada día iba estrechando más y más la vida de este pobre hombre, fingió abrigar celos de su fidelidad y le impuso, como orden perentoria, so pena de causar un nuevo y grave escándalo, la obligación de dejar aquellas clases particulares inmediatamente y sin pérdida de tiempo. ¿Cómo hacerlo, le decía el acusado, si con el producto de ese trabajo estoy pagando el precio de nuestro lecho nupcial? No importa, replicaba la embarrada esposa, ó esas lecciones ó la tranquilidad de tu hogar. No hubo, pues, remedio, Señores Jurados, también este último recurso fué sacrificado por la debilidad de carácter en aras de un amor ciego y apasionado, y desde entonces, en medio de penurias de toda especie, de disgustos cada día renacientes, y sin que ni una sola vez ni la simple consideración endulzase la amarga vida del procesado, quien durante el día se ocultaba avergonzado de sus numerosos acreedores y por la noche muy frecuentemente huía al departamento de los alumnos, pues para este, infeliz no había descanso ni en su propio hogar; de dificultad en dificultad, de descrédito en descrédito y tras de algunos conatos de suicidio, empezó á descender hasta el grado de deshacerse en definitiva del colegio mismo, entregándolo á estrañas manos, vendiéndolo de cualquier manera, y pensando, á no dudarlo, con amarguísima aficción en que con esto iba á desaparecer para siempre de aquellos muros de la casa de Betlemitas la venerable sombra de D. Guillero

mo Rode, á cuyo amado recuerdo habíase sentido el acusado capaz, por cumplir una promesa hecha á su padre, de acometer y llevar á cabo una empresa tan superior á sus medios, Rode no podía obrar de otra manera en el extremo á que había llegado su situación, ahogadas ya en su débil espíritu aun las reminiscencias más dulces y tiernas de la familia por sufrimientos presentes é intensísimos. Los alumnos mismos del establecimiento, que habían sido necesarios testigos de tantas humillaciones inferidas á su maestro y director; habiéndole perdido todo respeto, ó se iban para no volver y contaban á sus familias todas aquellas escandalosas escenas, ó indignados en su inocencia misma contra tantos ultrajes, daban forma á este natural sentimiento, escribiendo en las paredes del colegio frases sarcásticas para la esposa y, respecto de la paciencia del marido. Y entre tanto, preguntaréis, Señores Jurados, ¿cómo se conducían los padres y hermanos de la señora de Rode? Este había conservado, después de la venta del colegio al Sr. Hipólito Espinosa, el derecho de dar una clase, y un día en que estaba dedicado á su trabajo, oyó ruido, como de que se rompían con violencia papeles en el aposento inmediato. Muy lejos estaba de figurarse que dos obras suyas manuscritas, de cuya publicación se prometía obtener algún lucro, serían pronto arrojadas á sus pies en mil pedazos por las manos de su esposa. Como era natural, este acto inconcebible disgustó en extremo al acusado, y cuando los esposos

sos se cambiaban entre sí palabras, de justísima indignación por parte de Rode, de ardiente cólera por la de Amelia, la madre de ésta se presenta, no para aplacar el disgusto sino para atizarlo con graves reprimendas en contra de aquél, á quien llegó hasta amenazar con un cuchillo, sin guardarle ni el sentimiento de la gratitud, á lo menos porque había hecho del Sr. Zornoza, simple vendedor ambulante de billetes de lotería, todo un señor Prefecto y Profesor del Colegio de Betlemitas. (*risas*) Apenas podréis creer, Señores Jurados, que esa misma madre, cuyo irritable carácter ya habréis notado desde ayer en el careo con una de las testigos, á propósito de este y otros disgustos con el procesado, llegara más de una vez, quiero creer que sólo inspirada por la cólera, hasta asuzar á su hija para que faltara á la fidelidad hácia su esposo.

Rode tuvo que renunciar aun á la clase que se había reservado en el colegio, y una tarde en que la completa falta de dinero había hecho estallar amarga desavenencia entre él y su esposa; ya no ocurriéndole otro medio ante sus continuos disgustos, que correr á la calle, así lo hizo á la vista de los vecinos todos del callejón de Betlemitas, pareciendo por su raro aspecto y precipitada marcha, un perseguido á quien acosa de cerca su más implacable enemigo. La joven Amelia sale tras él, é insultando en el camino á la muy respetable Sra. Zanini que le había salido al encuentro, tal vez para aplacarla, avanza hasta afuera, con gritos é insultos á Rode, quien te-

meroso de mayor escándalo, regresó á poco con ella, pálido y abatido, suplicándole con lágrimas y rendidos ruegos más moderación y más respeto. “Ni tú, ni el Sr. Espinosa, contesta Amelia en alta y agresiva voz, me han de engañar sobre el verdadero precio que has recibido por el Colegio.” Presente el Sr. Espinosa al ruido de tanto escándalo, dirige á Rode algunas palabras en inglés, quizá advirtiéndole que evitase en lo sucesivo esos desórdenes; pero de repente la enfurecida joven, como si se creyera injuriada, envuelve también en sus insultos á esta persona con quien no la ligaban sino respetuosas relaciones de amistad.

¿Qué situación, Señores Jurados, más indigna sin duda, para quien la soportaba; pero qué situación más mortificante, más penosa, más anonadadora de la propia energía, podía haber que ésta? Indigna, he dicho, Señores Jurados, y me arrepiento, porque en medio de tantas necedades irrespetuosas, de crueldades tan incalificables, el acusado tenía la desgracia de continuar cada vez más enamorado de su esposa, lo cual basta á explicar cómo después de todo, aun soñaba en la felicidad doméstica y, al tomar la vivienda de la calle de la Acequia, se prometía hacer cambiar de vida á Amelia.

Me falta ya el lenguaje, Señores Jurados, para continuar exponiendo aun á grandes rasgos el nuevo género de sufrimientos que tuvo que devorar este hombre en ese que fué su último domicilio hasta el momento de ser reducido á prisión. ¿Cómo podría